

America: il racconto di un continente

América: el relato de un continente

a cura di | editado por Susanna Regazzoni, Fabiola Cecere

La figura del indígena en *Dios trajo la sombra* Una revisión de la Conquista y el encuentro con el otro desde la poesía histórica de Jorge Enrique Adoum

Miguel Ángel Gómez Soriano

Universidad de Alicante, España

Abstract *Dios trajo la sombra*, the third of the collection of poems *Los cuadernos de la tierra*, by Jorge Enrique Adoum, poetises the Conquest of the Inca Empire. The arrival of Francisco Pizarro and his men and their actions until the capture and death of Atahualpa are the anecdote behind a review of the process of Discovery and Conquest of America. Jorge Enrique Adoum questions, in his verses, the official historical discourse, established by the same Chronicle of the Indies. His main interest is to show the process of the discovery of the other, both for the indigenous people and for the conquerors, in that profound collision of cultures. Retaking and subverting secular topics, this historical poem reconstructs the figure of the indigenous and gives back its own voice, in a clear vindication of the vision of the vanquished.

Keywords Historical poetry. Jorge Enrique Adoum. The Notebooks of the Earth. Otherness. Cultural identity.

Sumario 1 Prólogo: Los *Cuadernos de la tierra* como recuperación de la «visión de los vencidos». – 2 El indígena en *Dios trajo la sombra*: para una comprensión del otro. – 2.1 El rigor documental. – 2.2 La primera imagen del indígena. – 2.3 Una historia y una voz propias. – 3 Epílogo: La necesidad de reivindicación de la otra mitad.



Edizioni
Ca' Foscari

Biblioteca di Rassegna iberistica 14

e-ISSN 2610-9360 | ISSN 2610-8844

ISBN [ebook] 978-88-6969-319-9 | ISBN [print] 978-88-6969-320-5

Peer review | Open access

Submitted 2019-02-06 | Accepted 2019-03-08 | Published 2019-05-14

© 2019 | Creative Commons Attribution 4.0 International Public License

DOI 10.30687/978-88-6969-319-9/006

1 Prólogo: Los Cuadernos de la tierra como recuperación de la «visión de los vencidos»

Durante casi una década, entre 1952 y 1961, el escritor ecuatoriano Jorge Enrique Adoum publicó *Los cuadernos de la tierra*, una serie de poemarios que suponen, como los definió su compatriota Jorge Carrera Andrade,

un extenso poema interpretativo de la historia y el paisaje ecuatorianos [...], una valorización estética de nuestra leyenda y de nuestros símbolos nacionales, hasta el punto de que su poema alcanza la sobria grandeza y el vigor de una nueva épica. (*apud* Adoum 2016, 220)

En efecto, el mismo Adoum se refiere a sus *Cuadernos* como un intento de «historia colectiva» (2016, 18) en el que se planteó narrar poéticamente la historia de Ecuador desde la prehistoria hasta sus días. Así, esta obra entre la lírica y la épica está compuesta por seis poemarios diferentes: *Los orígenes* poetiza el surgimiento de las primeras tribus ecuatorianas y su lucha contra la naturaleza; *El enemigo y la mañana* trata acerca del surgimiento y la expansión inca; *Dios trajo la sombra* cuenta la época de la Conquista española; *Eldorado* poetiza la primera navegación por el río Amazonas; *Las ocupaciones nocturnas* se centra en la época del Virreinato; y, por último, *Tras la pólvora, Manuela*, es un canto a la Independencia.

Dentro de este conjunto, el propio Adoum destacó que *Dios trajo la sombra* fue «el más largo y difícil» (*apud* Paola de la Vega 2011, 190), además de ser, también, el más reconocido por la crítica, pues ganó el premio de poesía en el primer concurso de Casa de las Américas de Cuba. El tema es la Conquista del Tahuantinsuyo, con la narración poética de los hechos que tuvieron lugar desde la llegada de la expedición encabezada por Francisco Pizarro hasta la muerte de Atahualpa. El mismo autor expresó que uno de sus propósitos principales era

plantear el encuentro de dos culturas - lo cual es un decir, irresponsable e inexacto, puesto que una de ellas vino expresamente acá, desembarcó, agredió, violó, saqueó, ofendió, humilló, asesinó. (Adoum 2016, 26)

De hecho, el mismo título del poemario, *Dios trajo la sombra*, condensa en su multiplicidad semántica esa idea de un encuentro desigual entre culturas, en el que la religión solar incaica se vio oscurecida por el nuevo Dios que traían los cristianos. Así, el poemario se construye sobre la idea del Descubrimiento y la Conquista como un choque de civilizaciones, la comunicación (y, sobre todo, el fracaso de la misma) entre dos otredades respectivas, dos maneras totalmen-

te diferentes de ver el mundo, en ese proceso que Tzvetan Todorov calificó como «el encuentro [con el otro] más asombroso de nuestra historia» ([1982] 2001, 14). Esta postura también se contagia a la forma: a lo largo del poemario, la voz lírica va a asumir una perspectiva dialógica, de multiplicidad de voces y puntos de vista que, gracias al uso de diferentes máscaras líricas, el monólogo dramático y la intertextualidad, va a dar voz, alternativamente, tanto a los que llegaron a descubrir el Nuevo Mundo como a quienes, sin saberlo, ya lo habían descubierto.¹

De esta manera, el poemario se inserta en una determinada línea de discurso de larga tradición en la literatura hispanoamericana: la cuestión del encuentro con la otredad y la imagen que se construye del otro. A lo largo del poemario observamos la caracterización y el intento de comprensión tanto de los conquistadores como de los conquistados, cada cual con sus muy diferentes motivaciones y formas de actuar y relacionarse.

Pero, sobre todo, el poemario constituye una reivindicación de la figura del indio americano. De esta manera, la cuestión en torno a la visión y aceptación de lo indígena, que han tenido un extenso tratamiento en la literatura hispanoamericana, desde la Crónica de Indias hasta corrientes como el indianismo y el indigenismo, llega en esta poesía a nuevas formulaciones. Como veremos, *Dios trajo la sombra* es un canto de amor al vencido, que surge desde el interés por recuperar la visión y la cultura de los vencidos; por tanto, su propósito no será lograr una pretendida (e imposible) objetividad histórica, sino mostrar los procesos de sometimiento y aculturación sufridos por la cultura indígena, de la que Jorge Enrique Adoum se siente heredero.²

1 No podemos olvidar que la apertura de la poesía a la narratividad y la inclusión de diferentes voces en el discurso, con especial interés por la intertextualidad, son rasgos predominantes en la denominada poética coloquial, que empezaba a despuntar en aquellos años (Alemany 1997). Entre otros de los rasgos de clara importancia para esta poética, en la obra de Adoum observamos la utilización del apartado gráfico del poema como coadyuvante al significado del mismo. De esta manera, la voz lírica asociada a los conquistadores aparecerá, durante todo el poemario, en cursiva (y así la citaremos en este trabajo), mientras que la voz indígena lo hará en redonda. La disposición tipográfica del poema en la hoja en blanco también tendrá especial importancia, tanto para jugar con los espacios en la distribución de los versos como para acercar el discurso de los conquistados a una disposición cercana a la prosa (y, en concreto, a la crónica).

2 Los conceptos (y, sobre todo, sus implicaciones discursivas) en torno a las relaciones interculturales resultantes de la Conquista de América tienen un extenso desarrollo y son todavía polémicos, hecho que muestra con claridad la importancia y la pertinencia de la reflexión sobre el tema. Para una definición esencial en torno a conceptos como «aculturación inducida» o «cultura de vencidos», véase los trabajos de Gonzalo Aguirre Beltrán (1957) y Miguel León-Portilla (1978), tanto porque sirven para situar el estado de la cuestión sobre un tema que era, en efecto, candente durante los años de escritura de Adoum, como porque sus planteamientos describen bien la situación en áreas con fuerte sustrato indígena como la mesoamericana o la andina. Otros desarrollos teóricos, como el de «transculturación», acuñado por Fernando Ortiz (1973), hacen hincapié en las interrelaciones en-

Precisamente, a partir de los años cincuenta se vivió un renovado interés por comprender aquella mitad del legado cultural habitualmente silenciada por los vencedores. Surgieron así nuevos enfoques más profundos para comprender las culturas autóctonas anteriores a la llegada de los españoles. Especialmente desde la historiografía y la antropología, se desarrolla en estos años un verdadero interés por comprender la «visión de los vencidos», por nombrarlo con el término acuñado por el mexicano Miguel León-Portilla ([1959] 1985), cuyos trabajos (continuando con la labor realizada por el padre Ángel María Garibay) resultaron fundamentales dentro de esta corriente de recuperación y revalorización del pasado prehispánico. Este espíritu, por supuesto, también se contagió a la literatura y, en concreto, a la poesía; desde este interés por las culturas amerindias se escriben poemarios de gran importancia en estos años, como son el *Canto general* (1950) de Pablo Neruda, los *Cuadernos* aquí estudiados de Jorge Enrique Adoum, el *Nuevo Mundo Orinoco* (1960) de Juan Liscano, los *Comentarios reales* (1964) de Antonio Cisneros, *El estrecho dudoso* (1966) de Ernesto Cardenal o algunos poemas de José Emilio Pacheco.³

2 El indígena en *Dios trajo la sombra*: para una comprensión del otro

2.1 El rigor documental

Uno de los aspectos de *Dios trajo la sombra* que revela con más claridad la importancia que Adoum confiere a la representatividad histórica es la intertextualidad. A lo largo de este extenso poema se insertan citas provenientes de otras obras, sobre todo de carácter historiográfico, cuya procedencia es explicitada en notas al texto. Así, el autor va a recurrir a una serie de fuentes de variada índole, de manera que remitirá tanto obras de historiadores modernos como textos de la Crónica de Indias.

tre culturas, pero los anteriores parecen más cercanos a la postura de Adoum, consciente de la necesidad de reivindicación de la cultura y la visión de los vencidos, entre otras cosas, por el fuerte racismo que veía en su sociedad, como queda patente en numerosos artículos de *Ecuador: señas particulares* (Adoum 2000). Por otro lado, en cuanto a las perdurables relaciones entre literatura e identidad en América Latina, consúltese Rovira 1992.

3 Más allá de la conexión entre algunos de estos poemarios, como lo menciona Yurkievich (1976) o desarrolla Víctor M. Rodríguez (1993), no se ha estudiado en profundidad el mismo espíritu de época que anima todos estos poemarios. Sin embargo, algunos trabajos han estudiado de manera individual interesantes aspectos de la relación entre poesía e historia en estos autores, como son los de Alemany (2004, 2017) o Sanchis Amat (2015).

En cuanto a la selección de obras de historiadores modernos, Adoum presenta especial interés en aquellas centradas en la revisión del legado incaico y la revalorización y recuperación de su cultura y su versión de la historia. Entre estos textos contamos con tres que buscan la recuperación del legado artístico del Tahuantinsuyo: *Floresta literaria de la América Indígena* de José Alcina Franch; *Literatura inca* de Jorge Basadre; y *La poesía quechua* de Jesús Lara. Estas obras servirán tanto para reivindicar la cultura silenciada como para comprender su visión del mundo y de la Conquista. Por el mismo camino avanza otra obra de gran importancia para la construcción poética adoumiana, la obra *Atahuallpa*, de Benjamín Carrión (2002); esta especie de historia novelada constituye un verdadero esfuerzo por presentar no solo la versión hispánica, sino también la incaica, haciendo especial hincapié en la situación político-social del incario y los factores que determinaron la actitud del indígena ante la llegada del español.

Por otro lado, los textos provenientes de la Crónica indiana también gozan de una verdadera relevancia en el texto de Adoum. En este amplio corpus, encontramos un nuevo predominio de aquellas obras que mejor trataron de comprender y valorar estas civilizaciones recién encontradas. La labor de selección realizada en este campo es verdaderamente significativa. Las citas en el poemario de Adoum incluyen crónicas evidentemente extraordinarias, fruto del mestizaje, como son *La Historia general del Perú* del Inca Garcilaso de la Vega y *la Relación de Antigüedades* de Juan de Santa Cruz Pachacuti. Pero también destaca la inclusión de *La Historia general de las cosas de Nueva España* de Bernardino de Sahagún, que supone, desde otro ámbito geográfico, el mexicano, un ejemplo de los intentos que realizaron los españoles para la recuperación cultural y la comprensión de los habitantes de las Indias Occidentales. Por último, incluso cuando recurre a las obras que podemos considerar más canónicas, como la de Agustín de Zárate *Historia del Descubrimiento y Conquista de la Provincia del Perú*, lo hace seleccionando aquellos fragmentos que suponen un interés por reflejar la visión particular del indígena americano.

En resumen, todos estos textos muestran un claro interés por comprender la cultura de los vencidos y reivindicar su versión de la historia. La caracterización de la otredad indígena, por tanto, se sustenta en *Dios trajo la sombra* en el estudio de muy variadas fuentes, aspecto que permitirá la riqueza de matices que estudiamos a continuación.

2.2 La primera imagen del indígena

Las primeras imágenes de los pobladores del Nuevo Mundo fueron dibujadas, por supuesto, por los descubridores y conquistadores en sus crónicas. Y ese fue el discurso mayoritario durante mucho tiempo, si bien contamos con honrosas (y escasas) excepciones en que los propios americanos se esforzaron en la creación de su propia imagen y su propio discurso.⁴

En diálogo con esta larga tradición, la versión que presenta Adoum es la de unos conquistadores incapaces de conocer al otro. La comprensión y relación (de igualdad) con los nativos americanos no será uno de sus intereses, guiados únicamente por una finalidad muy concreta: su búsqueda de riquezas y mejora social.⁵ Así, la voz lírica que representa a estos personajes se expresa de manera tajante: «Yo no soy un visitante sino el adversario» (Adoum 2016, 74). Por eso, los incas van a ser vistos únicamente como un obstáculo (y no demasiado complicado) que hay que superar: «Pobres indomables, defendían su país desnudo contra el viento y el extraño, ya por hábito. [...] Y el oro dónde está» (82).

Así pues, para adentrarnos en la imagen que Adoum quiere transmitir de los indígenas vamos a tener que recurrir a la voz lírica asociada a la propia figura de los mismos, o a aquella que podemos asimilar con una instancia *grosso modo* equivalente a la del narrador.

La primera característica que se destaca respecto a los incas en *Dios trajo la sombra* es la religiosidad. Ante la falta de respuestas para explicarse a ese desconocido con que se encontraron, en un primer momento de la Conquista, cada una de aquellas otredades respectivas actuaron de forma radicalmente diferente: algunos conquistadores llegaron a plantear la naturaleza inferior de los indígenas americanos (que conduciría a prácticas esclavistas);⁶ por el contrario, muchos indígenas a lo largo de todo el continente buscaron respuesta en sus mitos, de manera que divinizaron al recién llegado. De hecho, es muy habitual encontrar, en las diferentes tradiciones autóctonas, una lectura de diversos acontecimientos que fueron in-

4 Dejando de lado los conocidos ejemplos de cronistas mestizos, la recuperación de una visión plenamente indígena no ha tenido lugar hasta el siglo XX, con trabajos como los ya citados de León-Portilla ([1959] 1985, 1978) o de Wachtel (1976) para el área andina.

5 En efecto, como muestran O’Gorman (1993) o Valcárcel Martínez (1997), el Descubrimiento de América tuvo mucho de invención de América, de acuerdo con la mentalidad europea renacentista. Así se puede explicar esta falta de aceptación de la realidad de unos conquistadores que, en muchas ocasiones, veían aquello que esperaban ver y que, en efecto, como señalan, entre otros, el mismo Valcárcel Martínez o Lafayé (1978), estaban guiados por una mezcla de espíritu caballeresco, creencias religiosas y apetencias materialistas.

6 El conocido ejemplo de esta problemática es el debate entre Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas. Una interesante exposición de todo este clima que fue, además, conocida por Adoum puesto que la cita en su poemario, es la obra de Lewis Hanke (1998).

terpretados *a posteriori* como presagios o profecías acerca de la llegada de los conquistadores.

En *Dios trajo la sombra* se incorporan diversos presagios funestos que la tradición andina ha asociado a la llegada de los españoles a su territorio, intercalados a su vez con oraciones religiosas. Estas son las primeras palabras de la voz lírica indígena:

¿Qué pasará?

La gran estrella
 cruza dejando hilachas de camisa desgarrada, y el cóndor
 asediado de aves negras
 rodó tuerto desplumado hasta la plaza.

«¿Dónde estás
 Poderoso cimiento del mundo,
 Señor de la fuente sagrada,
 Tú que gobiernas
 hasta el granizo?»

(2016, 67)⁷

Así, la divinización inicial de los recién llegados es una de las causas que, habitualmente, se traen a colación para explicar la Conquista. Este aspecto, que nos habla de una superioridad moral de los indígenas, tiene una estrecha relación con diversos tópicos que, rápidamente, se fueron imponiendo a los nativos americanos y que suponían una idealización de los mismos.

Por un lado, no podemos olvidar la idea del buen salvaje, apunta ya en los *Diarios* del mismo Colón y que va a tener su gran configurador en fray Bartolomé de las Casas, de forma que en numerosos textos la reivindicación de una bondad natural del indio tendrá mucho que ver con los conquistadores y la idealización de los indígenas; de esta manera apela directamente a los españoles llegados al Nuevo Mundo, criticando sus abusos frente a la bondad con que habían sido recibidos:

Embaucador de mercaderes y de mozas, apostador
 de días a los dados, presidiario perdonado por perdido
 en el desconocido Oscuro, Adelantado,
 ¿qué hiciste del heroico sembrador

⁷ En efecto, estos presagios provienen de las versiones incaicas dadas a conocer por diversos historiadores (por su importancia para la versión adoumiana, véase Benjamín Carrión 2002), y son incorporados al poema con una interesante elaboración metafórica, en la que Adoum utiliza elementos de la civilización cuya llegada está siendo profetizada. Para insistir en la importancia de las fuentes, cabe recordar que el texto entrecomillado en el poema pertenece a una de las oraciones compiladas por Jesús Lara (1979).

que te ayudó a subir sonriendo? ¿Con qué
 triunfabas sobre la credulidad del puro?
 ¿Qué trajiste de la celda y su feroz
 fermento? ¿Eras, eras hombre en verdad
 como éste que temía el significado
 y las multiplicaciones de tus barbas
 y la saliva desgarrada de tu perro?
 ¿Dios, como éste, que amarraste?
 (2016, 86)

La idealización del indígena sirve tanto para justificar la facilidad de la Conquista como para reivindicar su superioridad moral frente a los conquistadores. Sin embargo, esta explicación de la Conquista es escasa y superficial. En su obra, Adoum trata de representar diferentes causas que se han utilizado para explicar la derrota de los incas cuando toda la ventaja podría suponerse de su lado, frente a unos pocos extranjeros.

Una de estas causas es la sorpresa inicial que supuso la llegada de extranjeros. El español estaba relativamente acostumbrado al otro, tras siglos de guerras de religión y el intercambio cultural que supone el enclave mediterráneo. Para los indígenas, sin embargo, el choque ante la novedad fue mucho mayor (además de ser aprovechado por los conquistadores):

Nadie nos había notificado todavía:
 Hay un polen de una muerte diferente, nadie
 vino a decirnos: El metálico
 tiene un rayo cautivo en mano y arma
 y gobierna el trueno que desploma.
 Primero fueron los recados: espejos
 donde está presa la mañana, raros
 avisos de colores, inútiles
 juguetes en pedazos.
 (2016, 71)

De hecho, como muestran algunas crónicas, el asombro de los indios llegaba a tal punto que, en un primer momento, no sabían distinguir entre el caballo y la persona que lo montaba:

El incásico, instintivo,
 por una grieta de pavor pudo
 espiar al nuevo dios o protegido
 de los dioses: chispa de brasa
 negra el ojo, bárbara
 la crin, la piel
 ruidosa.

Y hábil, por siglos
de castigo, en comprender la furia
de las divinidades y su mutable antojo,
se arrodilló ante el belfo con un puñado
de oro - muestra de su maíz - para que no mascara
más el freno colérico y barato.
(2016, 73)

Así, todos estos aspectos fueron cruciales en el primer momento del encuentro entre españoles e incas. Pero, más allá de eso, la Conquista se vio favorecida por causas mucho más profundas que no se comprenden sin conocer la propia situación histórica del Tahuantinsuyo.

2.3 Una historia y una voz propias

Como numerosos historiadores han puesto de relieve, los conquistadores llegaron tras una importante crisis política interna en el Inca-rio.⁸ Huayna Cápac había decidido dividir el imperio entre sus dos hijos: Huáscar Inca, hijo legítimo en el Cuzco, la capital del imperio; y Atahualpa, hijo de otra de sus esposas, de Quito, ciudad en la que había pasado gran parte de su vida tras incorporarla a sus dominios; to-da esta situación es trasladada al poema:

Y tú, hijo deslumbrante en quien descubro
la forma perfecta de la luz humana,
gobierna con tu tribu el sitio
que amé como a tu madre y que ella
me entregó junto a su sexo.
La mitad de la tierra con su alba trizada,
la mitad del aire y su presentimiento
de zozobra, a ti te pertenecen.
Que el otro, el concebido en el vientre
de la ley, sea Señor de cuanto habitamos
mi estirpe y yo antes de amar.
(2016, 71)

Así, Atahualpa y Huáscar Inca se vieron inmersos en una guerra civil de la que los conquistadores recogerían los restos. *Dios trajo la sombra* plasma todos estos hechos y retrata también el clima que crearon en

8 Esta situación aparece ya en las crónicas sobre la Conquista del Tahuantinsuyo. Por ser fuentes para la versión de Adoum y tener, además, una clara influencia en su selección de la información histórica, remitimos a las obras de González Suárez (2007) y Benjamín Carrión (2002).

la comunidad, resaltándolo directamente como evidente causa de la Conquista:

Tal vez, tal vez el miedo a lo que enviaba el agua
nos impuso el rencor familiar, el golpe
a la nuca del que solía comer a nuestro lado;
tal vez antes del combate ya estábamos
desplomándonos: nos dividíamos el mundo
como una fruta airada, partida
por viudas diferentes.
(2016, 71-2)

Estos versos son un claro ejemplo del esfuerzo por comprender y dar a conocer la historia de los incas más allá de algunas imágenes tópicas y simplificadoras, propósito para el que Adoum incorpora al poema todos los resortes históricos que, según su información, explican la Conquista. El siguiente paso para reivindicar la figura del indígena va a ser mostrar su rebeldía y, sobre todo, expresar su propia versión de la historia.

Uno de los puntos cumbre del poemario es el encuentro en Cajamarca. En este momento, por fin, un Atahualpa, vencedor reciente en su guerra interna, se encuentra ante los españoles. Así, el emperador de los incas inicia un diálogo con el sacerdote de la expedición, el fraile Vicente de Valverde, mientras la mayoría de los conquistadores se encuentran escondidos y preparados para el combate: de ahí que ese diálogo esté destinado al fracaso. El fraile recita el texto del «requerimiento», que es incorporado al poema.⁹ El texto es, ante todo, la falta de reconocimiento del otro y la imposición de un punto de vista. Por eso, el Inca responde con orgullo, en unos versos que intentan expresar la postura del indígena, con una mezcla de sorpresa, incompreensión y hasta rabia ante la injusticia que no habían visto venir:

9 El requerimiento era, por obligación, pronunciado por todos los conquistadores en sus encuentros con los nativos para que estos aceptaran de buen grado convertirse en súbditos de la Corona española. Se trataba de una explicación de los dogmas de la Iglesia romana y de la concesión de las tierras de América por parte del Papa al Reino de España, con lo que supone la expresión formal de la justificación religiosa. Para algunos, como Lewis Hanke, este es ejemplo de la reflexión teórica que conllevó el Descubrimiento (el texto citado por Adoum proviene precisamente de Hanke 1988, 53-5). Otros, sin embargo, recuerdan que «aun cuando para el mundo europeo y dentro de sus normas de conducta y sus jurisprudencias y teologías la conquista de América encontrara una plena justificación, cabe pensar que los indios no comprenderían las razones por las cuales el español requería una, dos y tres veces que cambiaran sus viejos dioses por la religión de los cristianos y se sometieran a la obediencia de un hombre que estaba al otro lado de los mares. Y lo que para un mundo era legítimo, para el otro resultaba injusto y totalmente incompreensible» (Salas 1950, 5). La postura de Adoum, sin duda, entronca con esta última.

Comprendo ya el idioma. Bastardos,
eso sois, y no los dulces nómadas,
no los enviados del pacífico.
¿Qué Dios borracho puede regalaros
lo que sólo a mí me pertenece?
¿Qué Pontífice cavó como nosotros
en el suelo trampas para el vivir?
(2016, 95)

La voz del Inca Atahualpa se reafirma en su historia: son ellos, los nativos americanos, quienes se han ganado el derecho de posesión de la tierra en la que habitan, pues la han domado, con su esfuerzo, durante generaciones; así, aferrándose a estos derechos, es capaz de criticar la soberbia, la codicia y la crueldad de los recién llegados:

Yo no sé si al salir por tu boca
se ensucia Dios; no sé si es Dios
quien te mancha la boca: porque dices
amor y salpicas crueldad hasta
tus manos, y se te ve la pupila
del odio guiñando entre los ojos.
Descubridores, eso fuimos nosotros
antes que vuestros descoloridos
sorprendidos; conquistadores, eso
nosotros, charlatán.
(2016, 96-7)

Pero esta rebeldía llegó demasiado tarde: el encuentro en Cajamarca termina con la masacre de los incas y la captura de Atahualpa. Este, poco tiempo después, sería asesinado. Así, el poemario finaliza con unos versos que tratan de expresar el trauma de la Conquista. En estos, la voz se hace plural, recordando al coro de la tragedia griega y con importantes paralelismos respecto a diferentes obras recuperadas de la producción poética incaica, como varias elegías a Atahualpa o la *Tragedia del fin de Atahualpa*, recopiladas por Jesús Lara. Adoum finaliza *Dios trajo la sombra* en un intento por ponerse en la piel de unos habitantes que ven desmoronarse su mundo, que han perdido no solo a su rey, sino también a su Dios:

Atahuálipa.
pétalo de luz
golpeado a palo, Atahuálipa.
No puede
ser, no puede ser, no puede:
tu forma sin atavío entre las concubinas
muertas sólo por darte calor y compañía.
No puede ser, Atabálipa, no puede.

Lloremos como borrachos, llamemos
juntos para que nos oiga:
!Atahualpa!
No está aquí.
!Atahualpa!
¿Quién es
Atahualpa?
Nadie.
Juan.
(2016, 111-12)

3 Epílogo: La necesidad de reivindicación de la otra mitad

Aunque era hijo de inmigrantes, Jorge Enrique Adoum había nacido en Ecuador y, como él mismo contaba, adoptó una identidad ecuatoriana desde la infancia, reflexionando a menudo sobre ella. De la siguiente manera se expresó en diversas ocasiones:

Soy hijo de inmigrantes por ambas partes, pero jamás sentí formar parte de su cultura. Digamos, retomando la vieja oposición entre los lazos de la sangre y los lazos de la tierra, que jamás sentí los primeros. Desde la infancia asumí una nacionalidad ecuatoriana, casi indígena, y en la edad adulta, latinoamericana. (Adoum *apud* Guzmán Bárcenas 2010, 35-6)

En uno de sus libros de ensayos, *Ecuador: señas particulares*, la importancia de la identidad cultural y el lugar que ocupan los indígenas tanto en esta como en la vida diaria es uno de los temas principales. De nuevo, el poeta insiste en su temprana toma de conciencia respecto a la identidad ecuatoriana:

El pueblo al que pertenezco es éste. Había nacido aquí, pero eso pudo no significar nada en mi caso, de modo que a los seis años decidí ser íntegramente ecuatoriano, con lo cual, incapaz de discernirlo a esa edad, intuía que quería asumir su cultura. A ello confluyeron el aprendizaje, en mi escuela, de una lengua y una historia colecti-

vas, y la amistad de los muchachitos indígenas y mestizos de mi barrio, a quienes les pertenecían hereditariamente; yo me apropié de ellas, como un huérfano desheredado. Mi hogar de inmigrantes, frecuentado por inmigrantes, no me había dado nada que se pareciera a lo que adquiriría: ni el relato de una sucesión de hazañas que yo habría podido, tal vez, admirar a distancia, ni esa lengua cuya ignorancia lamento desde cuando conocí la riqueza de su poesía. La palabra «nosotros» que, pronunciada por los mayores en mi casa, no me incluía, comenzó a significar para mí esos mocositos descalzos que sustituyeron el juego de «chullas y bandidos» por el de indios y españoles (y nadie quería hacer de Felipillo), y a alguno de los cuales el relato de la captura de Atahuallpa hizo llorar en clase, lo que nunca lograron los golpes del maestro. O sea que, habiendo tenido una geografía por derecho, me apropiaba de una historia por necesidad. [...] Mi primer libro - por algo se habrá llamado *Ecuador amargo*- fue mi partida de nacimiento a una literatura que desde entonces sigue recreando nuestro pasado, descubriendo raíces para saber nuestro destino, queriendo adivinarlo leyendo en ellas como en las líneas de la mano del dolido territorio. (Adoum 2000, 29-30)

Así, este hijo de extranjeros observó, en su día a día, las consecuencias de la fractura identitaria que una sociedad como la ecuatoriana ha vivido desde aquel choque de culturas que fueron el Descubrimiento y la Conquista de América. Este fue el motivo por el que Adoum escribió los *Cuadernos de la tierra*, que surgen, tras siglos de silenciamiento, como una recuperación del mundo indígena y una reivindicación de la voz de los vencidos. Algunos críticos, como Saúl Yurkievich, han expresado de *Dios trajo la sombra* que

En versión denostadora para España, Adoum reitera los tópicos de la conquista enfocados por la reprobación americana: indios puros, íntegros, candorosos que habitaban un mundo virginal en comunidades armonizadas con la naturaleza, profanadas y destruidas por la rapacidad del invasor. (1976, 8)

Si bien este análisis tiene parte de verdad, creemos que, con lo dicho hasta aquí, puede matizarse bastante esa interpretación y, sobre todo, pueden comprenderse los motivos por los que la versión de la historia ofrecida en este poemario no es, en última instancia, objetiva, ni pretende serlo, sino que inclina la balanza hacia la reivindicación de los perdedores. Se trata de una revancha frente a siglos de opresión y desconocimiento que perduran, todavía, en los años durante los que es escrita esta obra. El mismo Adoum respondió con humor a críticas como la realizada por Yurkievich y nos recuerda, mediante esta comparación, que no hay una única versión de la historia, sino múltiples, siempre dependiendo desde la perspectiva desde la que esta sea interpretada:

No me interesaba hacer un balance «objetivo» de la sociedad incásica. No he tratado de ser «imparcial»: primero, porque yo he tomado partido por el futuro y, luego, porque en ningún poema de amor, desde el Cantar de los Cantares hasta hoy día, jamás se ha dejado constancia de que la bien amada sea tuerta, gorda o coja. (Adoum 2016, 26)

En definitiva, en *Dios trajo la sombra* se mezclan diferentes tipos de discursos. Por un lado, sus versos tienden hacia cierta idealización de la figura del indígena que se entiende, sobre todo, como compensación por los siglos de marginación iniciados con la Conquista. Pero, por otro lado, esta imagen del indígena ha sido construida sobre un profuso estudio histórico, que hace patente el interés por plasmar en toda su complejidad el trauma de los vencidos: Jorge Enrique Adoum logra en estos versos la (re)construcción de la voz de los indígenas, en una reivindicación de su cultura y su versión de la historia. Es así como la poesía surge de la historia, aprendiendo de ella, pero también regresa a ella, con la enseñanza de que hay otras maneras de contar la historia, y varias versiones de la misma.

Bibliografía

- Adoum, Jorge Enrique (1991). «El proceso de emancipación aún no ha concluido...». Dietrich Steffan, Heinz (ed.), 1492-1992. *La interminable Conquista. Emancipación e identidad de América Latina*. Quito: Editorial El Duende; Ediciones Abya-Yala, 257-61.
- Adoum, Jorge Enrique (2000). *Ecuador: señas particulares*. Quito: Eskeletra Editorial.
- Adoum, Jorge Enrique (2016). *Los cuadernos de la tierra*. Barcelona: Ultramarinos.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo (1957). *El proceso de aculturación*. México: UNAM.
- Alemany, Carmen (1997). *Poética coloquial hispanoamericana*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Alemany, Carmen (2004). «José Emilio Pacheco descubre una de sus máscaras para hablar del mundo precolombino y colonial». *América sin Nombre*, 5-6, 5-11.
- Alemany, Carmen (2017). «De los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso a los *Comentarios reales* de Antonio Cisneros». *Revista de crítica literaria latinoamericana*, 85, 469-82.
- Baudin, Louis (1972). *El imperio socialista de los incas*. Madrid: Ediciones Rodas.
- Carrión, Benjamín (2002). *Atahuallpa*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- De la Vega, Paola (2011). «Yo, creador, me confieso». Bel, Jacqueline (éd.), *Exaspérations de l'histoire et révolution textuelle chez Jorge Enrique Adoum*. Aachen: Shaker Verlag, 175-97. Les Cahiers du Littoral 1, num. 10.
- Durán Luzio, Juan (1976). «Sobre Tomás Moro en el Inca Garcilaso». *Revista Iberoamericana*, 42(96), 349-61.
- Guzmán Bárcenas, José Raúl (2010). *La poesía de Jorge Enrique Adoum en el contexto social, político e histórico ecuatoriano* [tesis]. Salamanca: Universidad de Salamanca.

- González Suárez, Federico (2007). *Historia general de la República del Ecuador*. Guayaquil; Quito: Clásicos Ariel.
- Hanke, Lewis (1998). *La lucha por la justicia en la conquista de América*. Madrid: Ediciones Istmo.
- Lafayé, Jaques (1978). *Los conquistadores*. México: Siglo veintiuno editores.
- Lara, Jesús (1957). *Monografía y traducción de "Tragedia del fin de Atawallpa"*. Cochabamba: Imprenta Universitaria.
- Lara, Jesús (1979). *La poesía quechua*. México: Fondo de Cultura Económica.
- León-Portilla, Miguel (1978). *Culturas en peligro*. México: Alianza editorial mexicana.
- León-Portilla, Miguel [1959] (1985). *Crónicas indígenas. Visión de los Vencidos*. Madrid. Historia 16.
- O'Gorman, Edmundo (1993). *La invención de América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ortiz, Fernando (1973). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Barcelona: Ariel.
- Rodríguez, Víctor M. (1993). *Entre la lírica y la épica: la poesía enciclopédica de Pablo Neruda, Jorge Enrique Adoum y Ernesto Cardenal* [tesis]. Providence: Brown University.
- Rovira, José Carlos (1992). *Identidad cultural y literatura*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil Albert.
- Salas, Alberto Mario (1950). *Las armas de la conquista*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Sanchis Amat, Víctor Manuel (2015). «La reescritura de la historia en algunos textos de la poética coloquial latinoamericana: Ernesto Cardenal y José Emilio Pacheco». *Philobiblion: revista de literaturas hispánicas*, 2, 169-83.
- Todorov, Tzvetan [1982] (2001). *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo veintiuno editores.
- Valcárcel Martínez, Simón (1997). *Las crónicas de Indias como expresión y configuración de la mentalidad renacentista*. Granada: Diputación Provincial de Granada.
- Wachtel, Nathan (1976). *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*. Madrid: Alianza.
- Yurkievich, Saúl (1976). *Poesía hispanoamericana 1960-1970. Una antología a través de un certamen continental*. México: Siglo veintiuno editores.

